

Tres recorridos historiográficos por la Historia de la Lectura

Three paths towards the discussions in History of Reading

Anabella Gorza

Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Género
Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (UNLP-CONICET)
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Universidad Nacional de La Plata. Argentina
anbellagorza@yahoo.com.ar

Virginia Cuesta

Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (UNLP-CONICET)
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Universidad Nacional de La Plata. Argentina
virginia.cuesta@gmail.com

Resumen:

Este artículo revisa tres temas vinculados al enfoque conocido como Historia de la Lectura. El primero, refiere al debate en torno a los factores culturales causales de la Revolución Francesa, y el papel que cada autor otorga a los libros y a las ideas como promotoras del cambio histórico. El segundo itinerario, revisa otro debate más amplio tal como la factibilidad del método antropológico para el estudio de la historia cultural. Finalmente, el último de los recorridos, contempla el papel de instituciones tales como la Iglesia y el Estado en el control de las prácticas de lectura.

Palabras clave: historia de la lectura - historia cultural - historiografía – siglos XVIII y XIX

Abstract:

The paper reviews three discussions about some problems in History of Reading. The first approach recovers the polemic debate around the potential of the clandestine literature as a cause of the erosion of the Ancient Regime before the French Revolution. In second place, we discuss the way in which the anthropological analysis was used for the study of meanings, practices and readings in the eighteenth century in France. Finally, this work discusses how reading communities in England in the nineteenth century were a motive of struggle between the Estate and the Church.

Key words: history of Reading – cultural history – historiography – XVIII and XIX centuries



El presente ensayo propone tres recorridos historiográficos por algunos de los planteos y problemas de la Historia de la Lectura. Los dos primeros se referirán a las discusiones historiográficas sostenidas por sus máximos representantes: Roger Chartier y Robert Darnton y el último toma los aportes de una figura en alza, el británico Stephen Colclough quién, junto a otros autores, todavía no ha sido traducido al español.

Cómo sostiene Chartier (1992), se puede decir que la Historia de la Lectura como tal, como una Historia de las interpretaciones que los lectores le dieron a los textos, es una Historia de difícil tratamiento, de difícil acceso. Según este autor, son pocos los estudios que han intentado rastrear dichas lecturas, y en líneas generales el enfoque linda y se yuxtapone con otros tales como la Historia del Libro, la Sociología de la Lectura, la Historia de las Bibliotecas, y la Historia de la Alfabetización. Sin embargo, debemos reconocer que en las universidades argentinas la Historia de la Lectura posee un espacio pequeño dedicado a la investigación y el análisis, excepto por los trabajos de Alejandro Parada (1999, 2000, 2005, 2007) y que a pesar de la cuantiosa producción de la última década, (tanto de historiadores de la lectura españoles, ingleses, alemanes y franceses como de algunos latinoamericanos), esta no se conoce muy bien porque o no ha sido traducida al español o no circula por las aulas de nuestras academias.

1. ¿Los libros, hacen la Revolución?

¿Los libros, hacen la Revolución? Podría considerarse uno de los contrapuntos historiográficos más conocidos entre Roger Chartier y Robert Darnton, sobre la historia de la lectura, está centrado en la Francia de fines del siglo XVIII y gira en torno a las explicaciones “culturales” (Chartier, 1995a) de la Revolución Francesa y las causas que hicieran posible pensar la caída del Antiguo Régimen.

Tanto Darnton (2008) como Chartier (1995b) se oponen al modelo clásico que establece una relación unicausal entre Iluminismo y Revolución Francesa. Para ello estudian el funcionamiento del mercado de lo impreso durante el siglo XVIII, especialmente en las décadas anteriores al estallido revolucionario. De este modo, y a través del estudio del archivo de la Sociedad de Neuchâtel y los archivos parisinos sobre la administración y vigilancia del comercio del libro, Darnton observa las características del libro “filosófico” - que es lo que se entendía por dicho género en el contexto cultural francés de fines del XVIII -, fijando su atención en las clasificaciones y designaciones realizadas por las personas capaces de hacer circular los libros y encargadas de censurarlos.

“Filosófico” significaba prohibido, censurado y por ende altamente lucrativo, puesto que cada página de uno de estos libros se vendía entre cuatro y cinco veces más que la de uno autorizado por los inspectores de comercio de libros. Estos libros eran consumidos por diversos grupos sociales.

Chartier también analiza este tema en términos de producción y circulación e indica que el contenido de los libros “filosóficos” no contestaba las bases de la monarquía absoluta. Sin embargo, su postura crítica con respecto a la tesis de Darnton que sostiene que la lectura de textos “filosóficos” erosionó las bases del Antiguo Régimen, trae consigo su concepción acerca de lo que la lectura es, pues este autor descrea del poder de los libros, de la posibilidad de que la lectura sea solo literal y/o ingenua. Por lo contrario, Chartier sostiene que siempre existe algo de invención en una lectura (como acto de apropiación). Sería a partir de la segunda mitad del siglo XVIII cuando se habría operado un cambio fundamental en las formas de la lectura, en sus prácticas, por lo que esta habría pasado a ser una actividad corriente. Este cambio coincidió con la baja en las ventas de libros religiosos por sobre los mundanos.

Por otro lado, Chartier retoma la tesis de Rolf Engelsing (1969 citado en Chartier, 1995b: 115), aunque reconoce que fue cuestionada y que tiene ciertas debilidades. Engelsing sostiene que a fines del siglo XVIII hubo una revolución en las prácticas de lectura que consistió en el paso de la lectura “intensiva” a la lectura “extensiva”. La primera de carácter oral y religioso, consistía en leer los mismos textos una y otra vez, bajo la autoridad del padre de familia, el cura o el maestro con la intención de memorizarlos. La segunda, de carácter silencioso, consistió en una manía lectora que implicó un aumento cuantitativo de los libros que se leían y el reemplazo constante de un libro por otro.

Este modelo explicativo es criticado por Darnton (1991: 188) por su carácter lineal. La lectura no habría evolucionado en una única dirección, hacia la extensión (por cantidad), sino que asumió muchas formas diferentes entre distintos grupos sociales en épocas diversas. Aumentó la variedad de lo que se leía y se diversificó el público lector gracias a adelantos técnicos en el campo editorial y a los avances en la reducción del analfabetismo. Pero esto tampoco implica que hubiera disminuido la intensidad. Esta afirmación de la no disminución de la intensidad es clave para sustentar su posición respecto a que la lectura de los libros “filosóficos” sí llevó a la Revolución. Pues Darnton (1991) destaca la persistencia de la lectura oral y grupal aún a fines del siglo XVIII, justificando su afirmación con fuentes literarias y pictóricas de la época, en que se describen las maneras de leer.

Reinhard Wittman (1998) considera que sí hubo una revolución en la lectura a fines del siglo XVIII. Si bien estudia el caso alemán, sostiene que Francia e Inglaterra fueron pioneras en esta transformación que luego se trasladó a Alemania. El cambio habría consistido en el paso de una lectura grupal, autoritaria y memorística a una lectura individual y silenciosa. Esta lectura difícil de controlar por una autoridad externa, habría implicado una exacerbación del factor emocional. En esta primacía de lo emocional se encuentra el eje de la transformación, puesto que si bien fue favorecido por la lectura silenciosa, también se registró en la lectura grupal, ahora de tipo comentada. Esto dio lugar a identificaciones empáticas entre lector y autor y entre lector y héroes, de manera que el lector se habría dejado influir en gran medida por la ficción. Esta nueva forma de leer en Alemania causó las protestas no sólo de los sectores conservadores de la sociedad, ya que la lectura había perdido su carácter disciplinador, sino también de los propios políticos ilustrados que veían en este tipo de lectura un abandono del pensamiento racional en pos del sentimentalismo. La lectura se habría convertido en un medio para evadir las exigencias sociales y las sociedades literarias, más que favorecer la gestación de una mentalidad revolucionaria, se habrían convertido en un espacio de diversión. Es interesante destacar que tanto la “fiebre por la lectura” alemana de fines del siglo XVIII como la *bookness* inglesa de principios de siglo XIX generaron y produjeron nuevos discursos sobre la lectura y dan cuenta, en algún punto, de su carácter libre, inasible, y de la necesidad de domeñarla a través de políticas de carácter público como veremos en la última parte de este ensayo.

Volviendo a Chartier (1995a) la lectura de libros “filosóficos” no habría por sí sola cambiado la sensibilidad de la gente creando el clima apropiado para la Revolución. La pérdida del carácter sagrado de la monarquía, más que constituir un efecto de la lectura de libros “filosóficos” fue la condición previa para su circulación y amplia difusión. Chartier rastrea evidencias de esta desacralización desde mediados del siglo XVIII, en la difusión del uso común y vulgar de ciertos términos asociados a la realeza, entre otros aspectos, tales como los cambios en las prácticas políticas de los campesinos a lo largo del siglo, y el surgimiento de los salones literarios y las logias masónicas. ¿Por qué sobrevienen cambios en la conceptualización del mundo político en los cien años anteriores a la Revolución? Dejemos que el autor citado conteste:

“Al liberar [el Estado monárquico] las ataduras que sometían a los más débiles a la autoridad de sus protectores inmediatos, al instituir normas para dirimir los conflictos, al reducir el salvajismo del mundo social, la consolidación del Estado moderno creó las condiciones que, finalmente, llevaron a juzgar intolerable la dependencia que antes se admitía como algo indiscutible. Esta es, sin duda, la piedra fundamental de la mentalidad, ampliamente com-

partida, que considerará deseable y necesaria la profunda modificación de la estructura social y política que se operó en la emergencia, en 1789” (Chartier, 1995a: 169-170).

Ahora veamos cómo este contrapunto entre Chartier y Darnton sobre la pregunta. “¿los libros hacen revoluciones?” entronca con sus posiciones respecto a la epistemología y metodología de la Historia de la Lectura.

En el artículo “Lecturas y lectores ‘populares’ desde el Renacimiento hasta la época clásica” Chartier (1998) expone ideas generales para un estudio de la historia de la lectura. Retoma conceptos de Paul Ricoeur (1985) sobre la “lectura como apropiación”, la fisura que se establece entre texto y lectura, puesto que la interpretación efectuada por el lector nunca está sometida totalmente a las órdenes de la retórica del autor. Ricoeur reconoce además de una dimensión individual en el proceso de construcción del sentido, una dimensión colectiva, considerando que si bien el lector hará su propia lectura del texto, existen “señales textuales” emitidas por cada texto en particular en relación a un “horizonte de espera” compartido colectivamente, que gobierna la recepción de la obra. Existe un “pacto de lectura entre escritor y lector”. A pesar de las conexiones con el lector de la Estética de la Recepción, la figura del autor no queda desdibujada, porque tanto Chartier como Ricoeur rescatan las estrategias utilizadas por éste para poder ser leído por un público en particular. Sin embargo, Chartier marca los límites de la postura de Ricoeur. Propone remitirnos a la *bibliography*, el estudio sociológico de los libros que recupera su materialidad como factor que contribuye a la construcción del sentido en la lectura. Además, se opone a una concepción fenomenológica que considera como universal el acto de leer, e indica que deben estudiarse los modos de lectura como prácticas que también contribuyen a la construcción del sentido.

Darnton, en “Historia de la lectura” (1991), también nos ofrece una guía de investigación; nos muestra dónde podemos encontrar indicios para reconstruir la Historia de la Lectura. Para este autor es importante, primero, tener en cuenta cómo la lectura ha sido retratada en textos escritos y en la iconografía contemporánea al período que queremos analizar. Segundo, estudiar las formas en que se enseñaba a leer a través de los manuales de pedagogía, (aunque éstos sólo nos den una visión aproximada puesto que no nos permiten tener acceso a lo que ocurría en el aula y a cómo la gente aprendía a leer en ámbitos diferentes a los escolares), sería una de las posibles puertas de entrada al estudio de dichas prácticas. Tercero, captar lo que significaba la lectura para las pocas personas que dejaron algún testimonio escrito. ¿De qué modo? Estudiando autobiografías, cartas, y anotaciones al margen en conjuntos de libros pertenecientes a bibliotecas de individuos particulares. Cuarto, aconseja tomar conocimientos de la teoría literaria, pues podría marcarnos los límites de las

posibles respuestas a un texto en base a las estrategias del autor. Quinto, tomar conocimientos de la Bibliografía analítica, ya que al estudiar los libros como objetos físicos puede comprenderse cuáles eran las posibilidades de lectura a partir de las estrategias ideadas por los editores para la venta de los diferentes títulos. Todos estos aspectos señalados son detallados y ejemplificados como parte de este programa teórico-metodológico.

En definitiva, observamos que las posturas de Chartier y Darnton, en lo referente a su concepción de cómo debe llevarse a cabo el estudio de la historia de la lectura no son contrapuestas. Ambos destacan la importancia de la construcción de sentidos hecha por los lectores a lo que suman las estrategias de autores y editores insistiendo en la lectura como práctica sociocultural. Sin embargo, llegan a conclusiones diferentes para el siglo XVIII en Francia, período en el que se centran la mayor parte de sus estudios. Y esto puede tener que ver con el papel que cada autor otorga a los libros y a las ideas como factores determinantes del cambio histórico. Como dijimos anteriormente, al énfasis puesto por Darnton en la influencia e independencia de lo ideológico y cultural se opone una postura más sociológica por parte de Chartier. De este modo, esta oposición entre las dimensiones sociológicas y culturales que afecta a la investigación histórica, no es tan tajante ni tan simple.

Esta problemática nos servirá para introducir el problema de la aplicación del método antropológico a la investigación histórica. Pero antes de comenzar a exponer esta cuestión debemos hacer referencia a una pregunta que se hace Darnton: “¿Cómo construyen los lectores cambiantes textos mudables?” (1991: 206). Pues si los textos toman diferentes sentidos a través de la interpretación del lector, llegar a la interpretación de un lector implicaría aproximarnos a la comprensión de cómo este sujeto daba sentido a su vida. Esto es lo que el autor se propone en su libro *La gran matanza de gatos* (Darnton, 2006), y la próxima parada en nuestro recorrido historiográfico por la Historia de la Lectura. A continuación presentamos algunos de los debates que suscitó este conjunto de textos en torno a la aplicación del método antropológico para una historia cultural o de las mentalidades.

2. Una matanza de gatos en la calle Saint-Séverin

La gran matanza de gatos, tiene como objeto de estudio la sociedad europea del siglo XVIII. En este libro Darnton intenta tener acceso a las representaciones del mundo y de la vida de las personas que vivieron en esa época. El autor se basa en una serie de documentos escritos dejados por sujetos de diferentes sectores sociales. Los interpreta a través del uso del método antropológico de Clifford Geertz (1987), que consiste en tratar la cultura a estudiar como si fuera una cultura extranjera, a la que es dable aplicar el concepto de “otro-

dad”, lo que se denomina “el punto de vista del nativo”. Se intenta, de este modo, acceder al sistema simbólico compartido por una cultura, los símbolos a través de los cuales las personas dan significado al mundo que les rodea. La clave para entender esos significados consiste en prestar atención a las zonas oscuras del texto, a aquellas cosas que resultan extrañas, inexplicables, un chiste, un rito, un poema. Darnton considera la cultura como lenguaje, atravesada por símbolos, lo que permitiría recuperarla a través de un análisis antropológico e interpretativo de los documentos escritos que han llegado hasta nosotros.

Darnton se opone a la Historia de las mentalidades en su vertiente francesa que considera a la Historia Cultural como el tercer nivel de la estructura social. Esta tradición historiográfica, además de ser reduccionista y mecanicista sostiene Darnton, presenta un menosprecio por lo simbólico y por el uso que los sujetos le dan a los elementos culturales. En lugar de ello, la historia de las mentalidades francesa ha tratado a la historia cultural con los mismos métodos aplicados a la historia social, es decir, métodos cuantitativos. Sin embargo, cabe aclarar, que estos comentarios fueron objeto de serios reproches y críticas por la comunidad de historiadores abocados a estos temas (Hourcade y otros, 1995). Darnton aboga por una especificidad del método para la Historia Cultural. Aún así, reconoce a historiadores de *Annales*, como Jacques Le Goff y Jean-Claude Schmitt, que se han apartado del estudio cuantitativo de la cultura y han optando por una investigación antropológica, pero arguye que éstos han desarrollado una antropología histórica limitada al sistema estructuralista de Claude Lévi-Straus o al funcionalismo de Emile Durkheim, y que si bien dan importancia a los sistemas de relaciones, descuidan los sistemas de significados mientras que, la historiografía norteamericana, más influida por una tradición antropológica webberiana lo considera central (Darnton, 2006: 262, en nota al pie 1).

En su artículo “Texto, símbolos y *frenchness*”, Chartier (1995c) cuestiona la crítica que Darnton hace de la historiografía francesa. Sostiene que su par norteamericano se refiere a la orientación que la historia de las mentalidades tomó en los años 60 bajo el proyecto explicitado por Pierre Chaunú, pero no se corresponde con la verdadera práctica de hoy en día en Francia, ni tampoco con la línea historiográfica que había sido iniciada por Lucien Febvre en los años 30. Esta última proponía el concepto de “utillaje mental”, definido como una serie de instrumentos intelectuales tales como símbolos, palabras, conceptos a tener en cuenta para intentar acceder a las maneras de pensar de una época. Febvre argumentaba que existe un límite de lo pensable para cada época que es indispensable tener en cuenta para no caer en anacronismos (Chartier, 1999). Chartier marca una distancia y una diferencia entre su trabajo y aquella Historia Cultural efectuada a través de métodos seriales que

solo se limita a estudiar la distribución de un objeto cultural entre diferentes sectores sociales. Sostiene que otros elementos tales como la filiación religiosa, el sexo, la geografía regional, pueden ser más influyentes a la hora de determinar los gustos culturales, por ejemplo la lectura de unos libros y no de otros, que los propiamente socio-económicos.

Asimismo, Philip Benedict (1995) sostiene que aunque Darnton no lo admita explícitamente, acepta la complementariedad de métodos y en el desarrollo de *La gran matanza de gatos* se sirve de datos estadísticos para fundamentar sus afirmaciones aunque, manifieste que basará su estudio en hechos excepcionales. Además, Benedict observa una circularidad en el método empleado por Darnton, puesto que este accede al significado de los textos en base a lo que ya se conoce sobre el contexto, información que ha sido provista por otras investigaciones. De este modo, el método aplicado por Darnton en los dos primeros capítulos de *La gran matanza de gatos* no estaría aportando nada nuevo sobre el contexto y su uso de la metonimia sería insuficiente para acceder un conocimiento histórico preciso sobre el modo en que los hombres y mujeres de la Francia del siglo XVIII pensaban e interpretaban la literatura folklórica y los ritos. Aun así, sus críticos reconocen que esta vía de acceso al objeto de estudio, a través de un hecho particular, es válida y consecuente con el abandono del modelo braudeliano y su reemplazo por una historiografía que concibe a la sociedad de manera no jerarquizada, en la que la dimensión cultural cobra la misma importancia que los fenómenos económicos y sociales. De esta manera, nos encontraríamos en presencia de una historiografía que se propone tener en cuenta la interpretación individual por encima de la representatividad en las series estadísticas (Chartier, 1999), producto de la renovación historiográfica post Crisis de las Representaciones.

Gran parte de la discusión entre Chartier y Darnton gira alrededor del problema que plantea la contraposición entre método sociológico y antropológico. Pierre Bourdieu (1995) intenta establecer una mediación entre Chartier y Darnton. Rescata el método antropológico como pertinente para estudiar la cultura pues considera que ésta necesita métodos específicos. Sin embargo, sostiene que se puede estudiar la cultura como símbolo, pero que no puede estudiarse separada de sus medios de producción, de los profesionales que la producen, sobre todo cuando se trata de sistemas simbólicos complejos, en sociedades en que el proceso de diferenciación está muy avanzado. En la Francia del siglo XVIII ya se estaban constituyendo campos diferenciados con sus propias reglas, y un ejemplo de ellos es el de los intelectuales. Bourdieu destaca la distinción que establece Darnton entre un código cultural común y códigos específicos asociados a submundos profesionales. El capítulo que trata la matanza de gatos sería un ejemplo, con el gato como elemento simbó-

lico de brujería para toda la sociedad de la época, que adquiere especificidad para los obreros.

Chartier no cuestiona el estudio de lo simbólico, pero no está de acuerdo con el concepto de símbolo y de cultura utilizado por Darnton. Para Chartier el concepto de símbolo implica una relación de representación, mientras que para Darnton todas las relaciones sociales están atravesadas por símbolos, de manera que lo simbólico sobrepasa la relación de representación. Considera que existe un sistema de categorías que subyacen en la organización conceptual de cada sociedad y que se expresa a través del lenguaje.

Por su parte, Bourdieu señala el peligro de las posturas estructuralistas ligadas a la Antropología simbólica que observa tanto en Darnton como en Geertz y que sostienen que la realidad es texto o puede textualizarse porque en su totalidad está cargada de símbolos que hay que descifrar. Para Bourdieu tratar a la cultura como sistema simbólico no debe implicar separarla de las estructuras sociales y económicas que hacen posible su producción.

Por último, debemos hacer referencia al problema de las fuentes. Chartier le cuestiona a Darnton que al calificar como texto tanto al documento escrito utilizado por el historiador (la fuente), como a la práctica misma que aparece relatada en el documento (la matanza de gatos), se corre el riesgo de confundir dos tipos de lógicas, la de la expresión escrita, propia del documento y la de la práctica misma (acto), que se rige por la lógica del sentido práctico. Para Chartier el documento mismo constituye un acontecimiento como acto de escritura, que debe estudiarse en su especificidad. Desde una postura foucaultiana, manifiesta la necesidad de tratar los discursos sometidos a un cuestionamiento crítico y genealógico para señalar sus condiciones de posibilidad y de producción, sus principios de regularidad y sus restricciones y apropiaciones. Considera que no se pueden tratar los textos como si reprodujeran fielmente la realidad y que debe prestarse atención a las elecciones del autor y a las reglas del género; a la sintaxis y no sólo a la semántica. Para Chartier, este análisis de los documentos está ausente en los dos primeros ensayos de *La gran matanza de gatos*, aunque sí se hace evidente en los ensayos restantes.

Dominick LaCapra (1995) hace su intervención en este debate, argumentando en contra de aquellas posturas que cuestionan la diferencia de lógicas entre la cultura oral y la cultura escrita. Toma la noción de texto de Jaques Derrida, para quién el texto es como una red o trama de relaciones entre “indicios” instituidos. Según LaCapra: “Al realizar cualquier pronunciamiento uno está inevitablemente situado dentro de la lengua, que está articulada en diversas maneras con acciones” (1995: 124). Para este autor, no existe un lugar trascen-

dental fuera de la lengua. Sin embargo, sus críticas también se dirigen a Darnton. Lo acusa de fetichizar el significado simbólico. Podríamos decir que LaCapra se inserta en una línea historiográfica que considera que no existe una realidad trascendental fuera del texto. Este tipo de posturas cuestionan el carácter científico de la historia y llegan a afirmar la existencia de una analogía entre la historia y la ficción (Iggers, 1998). Por su lado, tanto Darnton como Chartier niegan que la historia tenga carácter ficticio. Para ello apelan a las fuentes como criterio de validación.

Chartier (1999) adopta una postura intermedia entre aquellos que sostienen el carácter científico de la historia y que conciben la realidad social como totalidad, y aquellos que rechazan el concepto de totalidad y que consideran que la historia es literatura e incluso ficción. No niega la existencia de una realidad y por lo tanto de un pasado que existen fuera del texto, pero sí se opone a concebir lo real como totalidad. Se apoya en la postura de Michel Foucault que sostiene que no debemos considerar los objetos históricos como universales cuyo contenido se particulariza en cada época, sino reconocer “objetivaciones” producidas por prácticas que construyen para cada ocasión, figuras originales. Esas prácticas, que construyen sentido, deben ser el objeto de la historia. Las fuentes escritas constituyen un medio para poder llegar a esas prácticas. Pero la relación entre esas prácticas del pasado y los indicios que sobre ellas nos ofrecen las fuentes, es de carácter conjetural. Lo que hace aceptable a unos documentos más que a otros es su carácter plausible, coherente y explicativo.

De este modo, la publicación de *La gran matanza de gatos*, constituye un hito en la historia de la historiografía cultural en general y en la Historia de la Lectura en particular, debido a las discusiones epistemológicas y metodológicas que suscitó en los años 80 y 90. Luego de la publicación de este libro, Robert Darnton dejó de experimentar con métodos antropológicos y retornó a las indagaciones propias de la Historia de la Lectura más ligadas a la Historia del Libro, de las Bibliotecas, y de la Edición, aunque comenzó a teorizar y publicar artículos sobre los problemas propios de este enfoque.

3. Lecturas interpretadas y revuelta en el condado de Kent

En los últimos veinte años, especialmente en Inglaterra, se ha producido una explosión de estudios sobre la Historia de la Lectura. Estos trabajos toman los aportes de Robert Darnton, Roger Chartier y Douglas McKenzie entre otros autores para rastrear las prácticas de lectura de los lectores y oyentes no profesionales. Por ejemplo, los trabajos de Colclough (2000, 2005, 2007a, 2007b), son sumamente interesantes porque rastrean las prácti-

cas de lectura de pequeños grupos (comunidades) de lectores en los siglos XVIII y XIX, a través de variadas fuentes tales como catálogos, manuscritos, álbumes, autobiografías, cartas, diarios personales, periódicos, informes, otros. Su preocupación reside en hallar a los lectores sin caer en anacronismos y comprender cuáles eran sus estrategias de lectura, qué consistía para ellos esta práctica, cómo le daban sentido y como los impulsaba al cambio o los constreñía. No podemos aquí por falta de espacio dar cuenta de toda la obra de este autor pero comentaremos uno de los casos que trabaja en uno de sus últimos libros.

En el capítulo 6 de *Consuming Texts. Reading and Reading Communities, 1695 – 1870*, se aborda la revuelta religiosa de Kent del año 1838.

En los años 30 del siglo XIX la *Central Society of Education* (CSE) comenzó a investigar los hábitos de lectura de la clase trabajadora y envió a varios investigadores para administrar una encuesta en distintas parroquias urbanas y rurales. La investigación más intensa se realizó en 1838 en el condado de Kent con el fin de esclarecer los hechos por los cuales 40 aldeanos fueron persuadidos por Sir Courtenay para atacar un regimiento de milicia en una revuelta que se cobró una decena de vidas. Los resultados de la investigación indican que estos hombres no solo creyeron que Sir Courtenay era Jesús sino que también entendieron que sino lo obedecían serían eternamente damnificados.

Barry Reay (1991) ha investigado este tema y ha llegado a la conclusión de que los trabajadores agrícolas a principios del siglo XIX leían todo texto en forma literal. Este historiador insiste en que para entender como leían estas comunidades rurales hay que analizar distintos niveles de alfabetización. De este modo, investiga las notas periodísticas que trabajaron la noticia de la revuelta en dónde murieron ocho campesinos y el mismo Sir Courtenay. En una de esas notas, uno de los mismos campesinos del grupo, que por suerte salió ileso del enfrentamiento y que no sabía leer ni escribir, explica que su esposa le lee la Biblia todas las noches y le dice que el señor Courtenay habla a través de ella.

Muchos de los trabajadores agrícolas que fueron entrevistados en 1838 por Frederick Liardet, funcionario estatal del CSE, frente a la pregunta: “¿puede usted leer?” contestaron: - “sí, un poco en el Viejo Testamento”. El Estado apuntó la investigación hacia las escuelas y se informó que en Hernhill de 51 adolescentes mayores de 14 años solo 35 sabían leer y de estos, solo 11 leían y escribían. La CSC también llegó a la conclusión de que solo una de las tres escuelas del condado enseñaba a escribir y además cobraba un monto extra para enseñar a leer, escribir y hacer cuentas, las otras dos, solo enseñaban a leer memorizando con ayuda de textos religiosos. Liardet comprobó que muchos niños abandonaban rápidamente la escuela debido a estos métodos.

De las 51 familias del condado, 34 tenían en su haber la Biblia y no contaban con ningún otro texto. La conclusión final de Liardet fue que la revuelta había sido causada por la falta de educación de quienes participaron en ella. El funcionario argumentó que la lectura exclusiva de textos religiosos tendió a estrechar la mente e instigar ideas falaces. Señaló en su informe que quienes tomaron parte en la revuelta apenas sabían escribir sus nombres y que quienes sabían leer solo leían la Biblia.

Sin embargo, en el análisis de las mismas entrevistas tomadas por Liardet, puede leerse que esta revuelta tiene varias aristas y una de ellas tiene que ver con las lecturas sobre la propiedad de la tierra y la distribución de los ingresos que este grupo de “religiosos” realizaba sobre la Biblia, pues leían en este texto que Dios les había dado la tierra a todos por igual y esto era lo que reclamaban. Pero, Liardet remató su informe aduciendo que no se podía dejar a las poblaciones rurales abandonadas a su propia ignorancia, que estas debían comenzar a leer por lo menos los periódicos más económicos (penny press) recomendadas por la CSC, porque si se las abandonaba a una dieta de textos religiosos podían ser manipuladas por las maquinaciones de cualquiera.

Este caso nos permite revisar y pensar algunos de los problemas metodológicos y epistemológicos de la Historia de la Lectura. Debido a que este enfoque trabaja con documentos, discursos y lenguaje, el encuentro de subjetividades y la confusión o como sostiene McKenzie (1999), *el mal entendido* se encuentra a la orden del día y de la interpretación del historiador. Tomemos las operaciones ideológicas/discursivas de Liardet, quién en nombre del Estado tiene la autoridad de interpretar los datos de su investigación y concluir/recomendar unas acciones, unas políticas educativas ligadas a la lectura. En su acto discursivo suprime las lecturas de sus entrevistados, las deja de lado, para cubrirlas con la suya que a su vez está teñida por su investidura de funcionario que lo lleva a defender al Estado frente a otras instituciones competidoras tales como la Iglesia, y de este modo, a defender las estructuras de la propiedad que el sistema capitalista en Inglaterra fue creando a partir de 1750 con el proceso de cercados. Al igual que el estudio de Colclough (2007a), varios estudios sobre el pietismo en Alemania, demuestran que las prácticas de lectura de textos religiosos en las comunidades nacidas tras la Reforma, fortalecieron y proyectaron interpretaciones libres, críticas, discutidas entre los miembros de pequeños grupos de lectores, como las familias. De este modo, más que fomentar una lectura literal o ingenua, para algunos historiadores e historiadoras como Marie-Claire Hook-Demarle (2000), constituyeron nuevas maneras de hacer con la palabra escrita.

Para mediados del siglo XIX, observamos cómo con la expansión de la lectura, que siguiendo a Martyn Lyons (1998) antecede al proceso de alfabetización, las luchas por controlar la lectura se incrementan y a pesar de que la censura como estrategia de control siempre estará presente, la domesticación de la lectura o su intento en manos del Estado comienza a ser la mejor estrategia de modelización de las tácticas y estrategias de lectura. De este modo, los historiadores de la lectura preocupados por recuperar las lecturas de las comunidades lectoras en tiempos de la conformación de los Estados territoriales Modernos se enfrentan no solo a la necesidad de una lectura oblicua que les permita re-considerar la intencionalidad de los mediadores en un momento en donde el Estado discute la doble potencialidad de la lectura: como poder de modelización de la sociedad deseada o como causa de rebelión y liberación de los oprimidos. Como sostiene Ana-Isabel Aliaga-Buchenau (2004) el peligroso potencial de la lectura en su doble dimensión, se convierte en un terreno de luchas públicas y privadas desde fines del siglo XVIII.

4. A modo de cierre

A lo largo de estos recorridos, planteos y cuestiones, que apenas abordan algunos aspectos, hemos querido dejar planteados algunos problemas metodológicos y epistemológicos que hacen a la Historia de la Lectura, tales como la elusividad de las fuentes, la necesidad de abordar los estudios sobre las figuras del lector y del autor, los límites y posibilidades de los métodos antropológicos, los problemas ligados a los juegos de las dobles o triples hermenéuticas y la necesidad de no descuidar los discursos sobre la lectura y sus sentidos, usos y funciones.

Volviendo al punto de partida, este artículo presentó tres itinerarios que recorren diversas problemáticas vinculadas al campo historiográfico conocido como Historia de la Lectura. El primero, se refiere al debate sobre la potencialidad de la lectura como productora de la erosión del Antiguo Régimen y productora del clima revolucionario. Discusión sostenida por Roger Chartier y Robert Darnton, del que se desprenden diferentes perspectivas en torno a los factores causales de la Revolución Francesa. Las cuestiones, que integran el segundo itinerario, se insertan en un debate más amplio acerca de la factibilidad del método antropológico de Clifford Geertz para el estudio de una historia cultural y desembocan en una discusión acerca de problemas metodológicos y epistemológicos que atañen a la Historia Cultural en general. Finalmente, el último de los recorridos, retoma los aportes de Stephen Colclough, quien rastreando las prácticas de lectura de pequeños grupos de lectores en los siglos XVIII y XIX, inserta esta cuestión en una perspectiva más amplia que contempla el

papel de instituciones tales como la Iglesia y el Estado en el control de esas prácticas lectoras.

Por último, cabe preguntarse cuál podría ser el futuro de la Historia de la lectura. Como se dijo en la introducción a este trabajo, la cantidad de publicaciones de la última década de historiadores extranjeros aún no divulgados en nuestra país, los trabajos del historiador brasileiro de Cláudio DeNipoti (1998, 2006, 2007, 2008), la reciente tesis inédita de Javier Planas sobre *Libros, lectores y lecturas: las bibliotecas populares en la Argentina entre 1870 y 1876* (2012) y la presencia de algunos incipientes espacios de formación, trazan unas buenas perspectivas para la investigación en Historia de la Lectura en nuestra región.

Bibliografía

- Aliaga-Buchenau, A. I. (2004). *The “dangerous” potencial of reading*. New York and London: Routledge.
- Benedict, P. (1995). Robert Darnton y la masacre de los gatos: ¿historia interpretativa o historia cuantitativa?. En E. Hourcade, et. al. (Comps.). *Luz y contraluz de un debate antropológico* (pp. 61 - 72). Buenos Aires: Biblos.
- Bourdieu, P. Chartier, R. & Darnton, R. (1995). Diálogo a propósito de la historia cultural. En E. Hourcade, et. al. (Comps.). *Luz y contraluz de un debate antropológico* (pp. 81 - 98). Buenos Aires: Biblos.
- Colclough, S. (2000). *Reading Experience, 1700-1840: An Annotated Register of Sources for the History of Reading in the British Isles*. Reading: Centre for Writing, Publishing and Printing History.
- Colclough, S. (2005). “A Grey Goose Quill and An Album”: The Manuscript Book and Text Transmission 1820-1850. En M. Giles, et. al. *Owners, Annotators and the Signs of Reading*, London and New Castle Del.: British Library and Oak Knoll Press.
- Colclough, S. (2007a). *Consuming texts. Readers and Readers communities, 1695 – 1870*. Hampshire: Palgrave Mcmillan.
- Colclough, S. (2007b). “Readers: Books and Biography”. *The Blackwell Companion to the History of the Book*. London: Simon Eliot and Jonathan Rose.
- Chartier, R. (1992). *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Barcelona: Gedisa.
- Chartier, R. (1995a). *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII*. Barcelona: Gedisa.
- Chartier, R. (1995b). *Sociedad y escritura en la Edad Moderna*. México: Instituto Mora.

- Chartier, R. (1995c). Texto, símbolos y frenchness. En E. Hourcade, et. al. (Comps.). *Luç y contraluç de un debate antropológico* (pp. 45 – 60). Buenos Aires: Biblos.
- Chartier, R. (1998). Lecturas y lectores “populares” desde el Renacimiento hasta la época Clásica. En G. Cavallo & R. Chartier. *Historia de la lectura en el mundo occidental*. (pp. 469 - 498). Madrid: Taurus.
- Chartier, R. (1999). *El mundo como representación*. Barcelona: Gedisa.
- Darnton, R. (1991). Historia de la lectura. En P. Burke (Ed.). *Formas de hacer la historia* (pp. 177 – 208). Madrid: Alianza.
- Darnton, R. (2006). *La gran matanza de gatos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Darnton, R. (2008). *Los best Sellers prohibidos en Francia antes de la revolución*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- DeNipoti, C. (1998). *A sedução da leitura*. Curitiba: Universidade Federal do Paraná.
- DeNipoti, C. (2006). *Sobre História, livros e bibliotecas*. Parana: UEPG.
- DeNipoti, C. (2007). Decência imperial, silêncio republicano. Normas e gestulidades da lectura em regimentos e estatutos de bibliotecas (1821 – 1918). *Varia História*, 23 (38), pp. 597 - 614.
- DeNipoti, C. (2008). Comércio y circulação de livros entre França e Portugal na virada do século XVIII para o XIX ou quando os ingleses atiraram livros a ao mar. *Revista Brasileira do História*, 28(56), pp. 431 - 448.
- Geertz, C. (1987). *La interpretación de las culturas*. México: Gedisa.
- Hoock-Demarle, M.-C. (2000). Leer y escribir en Alemania. En G. Duby & M. Perrot. *Historia de las mujeres. 4. El siglo XIX* (pp. 181 – 205). Madrid: Taurus-Minor.
- Hourcade, E., et. al. (Comps.) (1995). *Luç y contraluç de un debate antropológico*. Buenos Aires: Biblos.
- Iggers, G. (1998). *La ciencia histórica en el siglo XX*. Barcelona: Idea Universitaria.
- LaCapra, D. (1995). Chartier, Darnton y la gran matanza del símbolo. En E. Hourcade, et. al. (Comps.). *Luç y contraluç de un debate antropológico* (pp. 119 - 138). Buenos Aires: Biblos.
- Lyons, M. (1998). Los nuevos lectores del siglo XIX: mujeres, niños, obreros. En G. Cavallo & R. Chartier. *Historia de la lectura en el mundo occidental* (pp. 539 - 589). Madrid: Taurus.
- McKenzie, D. (1999). *Bibliography and the sociology of texts*. Cambridge: University Press.

- Parada, A. (1999). *El mundo del libro y de la lectura durante la época de Rivadavia: una aproximación a través de los avisos de La Gaceta Mercantil (1823-1828)*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas. Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras.
- Parada, A. (2000). *Lecturas y lectores en el Buenos Aires del centenario: la cultura impresa en la vida cotidiana: apartado de Los días del centenario de Mayo*. Buenos Aires: Academia de Ciencias y Artes de San Isidro.
- Parada, A. (2005). *El orden y la memoria en la Librería de Duportail Hermanos: un catálogo porteño de 1829*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Universidad de Buenos Aires.
- Parada, A. (2007). *Cuando los lectores nos susurran: libros, lecturas, bibliotecas, sociedad y prácticas editoriales en la Argentina*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Universidad de Buenos Aires.
- Planas, J. (2012). *Libros, lectores y lecturas: las bibliotecas populares en la Argentina entre 1870 y 1876*. La Plata, MS-Inédito. (Tesis presentada en la Maestría en Ciencias Sociales). La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata.
- Reay, B. (1991). The context and meaning of popular literacy: some evidence from nineteenth-century rural England. *Past and Present*, 131, pp. 89-129.
- Ricoeur, P. (1985). *Temps et récit* (t. III). Paris: Ed. Du Saeuil.
- Wittmann, R. (1998). ¿Hubo una revolución en la lectura a finales del siglo XVIII? En G. Cavallo & R. Chartier. *Historia de la lectura en el mundo occidental* (pp. 495 – 537). Madrid: Taurus.

Recibido: 14/03/11 Aprobado: 07/09/12